

Psicoanálisis, Palestina y solidaridad ahora*

Psychoanalysis, Palestine and solidarity now

Ian Parker

University of the Witwatersrand (Sudáfrica)

Resumen. Este artículo expone el contexto histórico y político para construir la solidaridad con Palestina, con una historia diseñada para mostrar que debemos tener cuidado con el “campismo” como la idea engañosa de que el mundo está dividido en un campo reaccionario, es decir, Occidente e Israel, y un campo supuestamente progresista. Los estados occidentales aliados con Israel son sin duda nuestro enemigo. Pero el enemigo de nuestro enemigo no es necesariamente nuestro amigo. Esto prepara el escenario para una discusión sobre el “psicoanálisis bajo la ocupación” que pone en primer plano el papel del psicoanálisis en cuanto a perturbar, inquietar y, vinculado a un análisis crítico comprometido de la cultura y la sociedad, cambiar el mundo interno y externo, romper el silencio de los psicoanalistas sobre Palestina.

Palabras clave: Genocidio, Gaza, Palestina, Israel, Psicoanálisis.

Abstract. This paper sets out the historical political context for building solidarity with Palestine, with a history designed to show that we need to beware of “campism” as the misleading idea that the world is divided into a reactionary camp, that is the West and Israel, and a supposedly progressive camp; the Western states allied with Israel are for sure our enemy, but the enemy of our enemy is not necessarily our friend. This sets the stage for a discussion of “psychoanalysis under occupation” which foregrounds the role of psychoanalysis as to disturb, unsettle and – linked to an engaged critical analysis of culture and society – to change the internal and external world, to break the silence of psychoanalysts about Palestine.

Keywords: Genocide, Gaza, Palestine, Israel, Psychoanalysis.

Introducción

Ha habido muchas manifestaciones en todo el mundo en el último año para protestar contra el genocidio que se está llevando a cabo en Gaza. Es un genocidio que ha estado ocurriendo desde la formación del estado de Israel, desde 1948, desde lo que los palestinos llaman la catástrofe de la “Nakba”. En Manchester, en el norte de Inglaterra, donde vivo, ha habido muchas manifestaciones cada semana, y hemos visto aquí en la

* Traducido del inglés al español por Pedro Henrique Antunes da Costa.

Universidad de Manchester en el último año académico el mayor de los campamentos estudiantiles del Reino Unido en solidaridad con Palestina. Las manifestaciones siempre han incluido judíos, judíos dispuestos a hablar sobre lo que el Estado israelí afirma hacer en su nombre, judíos que son bienvenidos y que marchan en las calles junto a los palestinos, junto a personas de todas las religiones y de ninguna.

Trabajo como psicoanalista, y trabajo en las conexiones entre psicoanálisis y revolución (Parker y Pavón-Cuéllar, 2021), por lo que quiero compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el papel del psicoanálisis en medio de estos terribles acontecimientos. Pero antes de hacerlo, tengo que explicar algo del contexto político de lo que está ocurriendo ahora en Gaza y el Líbano, y hacer algunas diferenciaciones muy claras entre lo que significa ser antisemita y lo que significa ser antisionista. Sólo aclarando esto podemos entender por qué muchos judíos están hablando en contra de Israel, y por qué eso es tan importante para el movimiento contra la guerra.

Estalinismo y campismo

Sabemos que Estados Unidos ha apoyado a Israel, pero también tenemos que tomar nota del papel de la Unión Soviética. Debemos tener claro que el enemigo de mi enemigo no es mi amigo. No hay “campos” buenos y malos en el mundo. El hecho de que se oponga a Estados Unidos y al Estado de Israel no significa que luego se ponga del lado de Rusia o de China.

Los años de dominio estalinista en Rusia y en toda la Unión Soviética vieron a las “minorías” nacionales encerradas en áreas geográficas específicas, humilladas por sus pintorescas tradiciones culturales y cada vez más estrictamente definidas y delimitadas. La investigación antropológica y psicológica de esta época operaba sobre la base de una jerarquía de desarrollo en la que las nacionalidades “atrasadas” eran menospreciadas. En algunos casos, con el destino de los tártaros de Crimea como único ejemplo, eso implicó el transporte y la reubicación de poblaciones enteras.

En el caso de los judíos, hubo intentos bajo Stalin de establecerlos lejos de los centros metropolitanos, en Birobidzhan, cerca de la frontera con China. Este llamado “Óblast Autónomo Judío” tenía el yiddish como idioma oficial, y el antisemitismo en otras partes de la Unión Soviética aumentó junto con esta segregación.

Hubo un cambio de táctica por parte de la burocracia soviética después de la Segunda Guerra Mundial y cuando el alcance total del Holocausto se estaba haciendo visible. Fue un cambio de táctica, pero no de estrategia. Stalin apoyó la partición de Palestina en noviembre de 1947 en un estado judío y un territorio árabe, y luego el cambio de política se hizo evidente. Luego, en mayo de 1948, la Unión Soviética fue uno de los primeros Estados en reconocer al recién fundado Estado de Israel después

de haber dado el visto bueno al régimen checoslovaco, que entonces era un socio obediente en el bloque soviético, para suministrar armamento a la organización paramilitar sionista Haganá. Estos envíos de armas implicaron a la Unión Soviética en la Nakba y la limpieza étnica por parte del Estado israelí. De esta manera, Stalin podría continuar una política de colusión y compromiso con las potencias imperialistas que garantizaría el proyecto de “socialismo en un solo país”, siendo el “país único” Rusia y sus territorios.

La política diplomática estalinista fue continuada por Krushchev como “coexistencia pacífica” y, en lo que respecta a los judíos, implicaba una doble estrategia; había una vigilancia y contención prácticas de los judíos y otras minorías nacionales en el país, incluso en Europa oriental y Birobidzhan, y acusaciones de deslealtad dirigidas a los judíos que deseaban emigrar a Israel; y hubo una contención simbólica en el extranjero, con la identificación de los judíos con Israel, tratando a Israel como un estado judío de facto y representando a los judíos de todo el mundo tal como lo habla ese estado. Lo que debe notarse aquí es la imposición de la homogeneidad étnica y racial.

Resistencia internacionalista

Hubo resistencia por parte de los judíos socialistas internacionalistas. Los judíos, incluidos los socialistas judíos del Bund -el “*General Jewish Labour Bund*” en Rusia, Polonia y Lituania, donde se fundó en 1897- fueron objeto de antisemitismo después de la Segunda Guerra Mundial, en algunos casos de pogromos, y huyeron a Israel. Allí continuaron su organización socialista internacionalista y su agitación contra el capitalismo en el Estado israelí, algunos de ellos concluyendo que el pueblo judío estaba desapareciendo de hecho, siendo alentado a abandonar el yiddish y obligado a adaptarse a un Estado nación sionista “israelí” de habla hebrea (Torbiner, 2012).

Muchos judíos se negaron a apoyar la fundación de Israel, y ahora hay judíos dentro de Israel que están activos en contra de la guerra. Además de las muchas variedades de judaísmo, cuyos adeptos a menudo acusan a otras denominaciones de no ser judías, están las corrientes explícitamente antisionistas dentro de Israel que van desde los ultraortodoxos Haredi Neturei Karta hasta la herencia del grupo marxista revolucionario Matzpen (Torbiner, 2004).

También debemos recordar que, si bien China continental se ha pronunciado en círculos diplomáticos contra la violencia en Gaza, el régimen en realidad tiene una actitud ambivalente hacia Israel y Palestina. De hecho, el régimen de China continental en realidad traiciona la causa palestina que algunos en la izquierda creen erróneamente que defiende. El apoyo del régimen a Palestina es muy limitado, y en realidad garantiza el poder militar y económico de Israel. Las inversiones chinas en Israel han

crecido significativamente en los últimos 25 años, y China es ahora el segundo socio comercial más grande de Israel, con un comercio que ascendió a más de 24 mil millones de dólares solo en el último año. Además, la inversión china es crucial para el desarrollo económico, tecnológico y de infraestructura de Israel, incluso en armamento.

Por lo tanto, la lección que sacamos de esto es que debemos tener cuidado con el “campismo”. El campismo es la idea engañosa de que el mundo está dividido en un campo reaccionario, es decir, Occidente e Israel, y un campo supuestamente progresista, que, dependiendo de las diferentes versiones cambiantes del campismo, podría incluir a Rusia y China e Irán y Siria y Venezuela, Nicaragua y Zimbabue, etc. Los estados occidentales aliados con Israel son sin duda nuestro enemigo, pero repito, el enemigo de nuestro enemigo no es necesariamente nuestro amigo (Parker, 2022).

Sensibilidad psicoanalítica

Pasemos al psicoanálisis. ¿Dónde está la sensibilidad psicoanalítica ante todo esto? Un lugar está en el derecho a hablar, el lugar del sujeto como sujeto que habla. Más concretamente ahora, el lugar del sujeto que debe hablar de genocidio, pero se le impide hacerlo. Escucho desde el diván, de mis pacientes, así como de camaradas victimizados en sus lugares de trabajo, de esta dificultad de hablar, de miedo, de inhibición. Las instituciones están entrando en pánico cuando se encuentran bajo amenaza legal por parte de los *UK Lawyers for Israel* [Abogados del Reino Unido para Israel], que cínicamente equiparan a los judíos con Israel. Hemos visto charlas, proyecciones de películas, exposiciones de arte, cierres y la amenaza de que la gente pierda sus empleos.

Hay un paralelismo peculiar en este proceso de silenciamiento del discurso sobre el genocidio con lo que la derecha se ha estado quejando durante algunos años en su campaña contra el llamado “woke”, una campaña que también ha sido asumida por segmentos de la izquierda, una retórica sobre la política “woke” de liberación gay y trans que algunos asumen con entusiasmo.

En la derecha escuchamos de personas que afirman que no pueden hablar, que no se les permite usar el lenguaje racista y sexista en el que fueron educados. Luego, cuando aparece una figura como Trump en Estados Unidos, o aparecen figuras a la derecha del Partido Conservador en Gran Bretaña, la fantasía es que estas figuras están hablando de ideas que han sido “reprimidas”. De este modo, se pone en marcha una noción banalizada del psicoanálisis; Las ideas han sido reprimidas, y hay un alivio catártico al escuchar a los valientes políticos de derechas anti-woke decir esas ideas.

El paralelismo en la izquierda también es problemático ahora. Oímos hablar del miedo de no poder hablar de genocidio, y ahora también oímos

ese miedo y esa frustración expresados a través de la rabia y el resentimiento, y a través de un cortocircuito ideológico. Se expresa al menos de dos maneras, y estas son solo dos maneras. Uno es el giro hacia los populistas, hacia aquellos que sí parecen hablar. Ahora hay grupos que dicen ser de izquierda, algunos de los cuales son precursores de algo peor, del fascismo real. El fascismo se alimenta de la decepción y el fracaso de la izquierda. Esa es una ruta hacia una aparente libertad de expresión que no es en absoluto libre. La otra forma en que se expresa este resentimiento es recurriendo a las teorías de la conspiración, de las cuales abundan varias, incluso en torno a lo que está sucediendo en Gaza, y por qué este genocidio está sucediendo en Gaza.

Aquí debemos tener cuidado con el antisemitismo y con las teorías de conspiración antisemitas que señalan a los judíos como si tuvieran el control, detrás de escena moviendo los hilos. Lo que enfrentamos es el poder de un sistema político-económico, el imperialismo, no de un pequeño grupo oculto que controla las cosas.

El psicoanálisis bajo la ocupación

Uno de los recursos más útiles para nosotros, los psicoanalistas, ha sido un libro increíblemente útil *Psychoanalysis Under Occupation: Practice Resistance in Palestine* (Sheehi y Sheehi, 2022). Este libro recorre un camino difícil, navegando tanto por el mundo bruto del poder político-económico, insistiendo en hacer justicia a quienes lo sufren, como por el psicoanálisis como teoría y práctica que generalmente solo se dedica al mundo interno, del dolor por los efectos del poder. Será una lectura difícil para aquellos que están casados con las afirmaciones hechas por los partidarios del Estado de Israel, ya sean ardientes o reacios, de que la tierra de Palestina nunca existió o ya no existe, que las reclamaciones de los pueblos que estaban allí antes de 1948 son irrazonables, tal vez fanáticos, incapaces de reconocer la realidad, los nuevos hechos sobre el terreno.

De hecho, la historia del asentamiento de judíos en Palestina es mucho más complicada de lo que la mayoría de los partidarios de Israel pueden soportar pensar ahora. Es una historia en la que está implicado el psicoanálisis, en la que el psicoanálisis jugó un papel ambivalente, a veces opresivo y a veces progresista. Vale la pena recordar, por ejemplo, que, como señala Eran Rolnik (2012), esta ambivalencia se expresó en el papel de uno de los partidarios más ricos e influyentes de Freud, Max Eitingon. Eitingon, que era miembro del círculo íntimo de Freud y financió la editorial Internationaler Psychoanalytischer Verlag, también fundó y financió la Sociedad Psicoanalítica de Palestina y el Instituto Psicoanalítico de Israel. Pero más que esto, un hecho asombroso, Eitingon también financió al Partido Comunista Palestino.

Para dar sentido a esta historia conflictiva del desplazamiento y la asfixia del pueblo palestino —con esta asfixia como un motivo clave en el libro de Sheehi y Sheehi (2022) que estamos reseñando aquí— necesitamos, y lo logran, un cuidadoso cambio dialéctico de perspectiva. En lugar de contar la historia de arriba hacia abajo, la historia enmarcada por los vencedores, como si el psicoanálisis apareciera y funcionara en la región en virtud de la creación del Estado de Israel, el *psicoanálisis bajo la ocupación* nos muestra que existe una larga y vibrante tradición de debate teórico psicoanalítico y, lo que es más importante, de práctica clínica en el mundo árabe.

Su relato, como una forma de contraconocimiento, descoloniza lo que creemos saber sobre el psicoanálisis como una función sólo de la diáspora judía, y cuenta la historia desde el punto de vista de aquellos sujetos a él, los palestinos. Ya sea que se trate de la historia, las complicaciones teóricas o la práctica clínica del psicoanálisis en Palestina, Sheehi y Sheehi (2022) respaldan cada afirmación con meticulosas referencias a pie de página que nos señalan sus fuentes y que también en muchos casos proporcionan más elaboración del argumento. Este es un libro eminentemente erudito, lo que no quiere decir que sea neutral, que hace una pretensión de objetividad, una historia contada como si saliera de la nada y, por lo tanto, por defecto desde el punto de vista de los que tienen el poder.

Aquí hay algunas lecciones agudas para aquellos que esperan algún tipo de “diálogo” para mejorar el sufrimiento que tanto duele a los opresores en tales contextos políticos. Deben recordar si no van a repetir, y esto exige que excavemos y trabajemos a través de qué tipo de “paz” a través del diálogo tienen en mente los comprometidos con el estado israelí. El hecho impactante y a menudo negado es que uno de los objetivos tácitos del “diálogo” colonial está diseñado para culpar a las víctimas y volver a traumatizarlas para mantenerlas en su lugar, en el proceso cambiando la atención terapéutica a sus opresores. Esto a veces se articula, y luego se olvida, se reprime.

Esto nos lleva al compromiso respetuoso sorprendentemente moderado y matizado con el psicoanálisis en el que quiero centrarme en esta revisión, un compromiso que provoca muchas preguntas para los teóricos y profesionales del psicoanálisis. El libro arroja nueva luz sobre muchas tradiciones diferentes de trabajo en el psicoanálisis, incluso en el mismo momento, ya que nos muestra cómo los psicoterapeutas palestinos hacen uso de estas ideas. Hacen uso de las ideas psicoanalíticas, y las incorporan, Sheehi y Sheehi (2022) nos muestran en relatos detallados de ese trabajo, en *sumud*, la fuerza colectiva deliberada del pueblo y en estrecha atención al *nafs*, el alma o la psique del pueblo o, en el argot psicoanalítico, el “ego”.

Los autores llevan a cabo su investigación, el tipo de investigación que es clara sobre con quién se solidariza, en árabe, y esto en sí mismo

proporciona una perspectiva diferente, permite el desarrollo de un punto de vista que es muy diferente de la mayoría de los otros relatos del trabajo psicoanalítico en Israel. Como señalan Sheehi y Sheehi (2022), el hebreo es el idioma dominante para la formación psicoterapéutica psicoanalítica, y luego se convierte en el marco apenas visible para los terapeutas israelíes que brindan supervisión, exigiendo en el proceso que el trabajo clínico sea traducido a su propio idioma, reformulado. Es visible para los palestinos, por supuesto, y ahora se hace visible para el lector de este libro.

Diálogo y BDS

Los intentos fallidos repetitivos y generalizados de suavizar el conflicto real, la disyunción entre los relatos, en un “diálogo” es una de las preocupaciones teóricas del libro, y la discusión decolonial de este diálogo como un problema más que como una solución está incrustada en un análisis crítico del “psicoanálisis relacional”. Vemos cómo los fundamentos teóricos de las esperanzas de diálogo en la tradición psicoanalítica relacional también se expresan en las respuestas institucionales al llamado al BDS, al Boicot, a la Desinversión y a las Sanciones.

El BDS no es un intento de impedir el diálogo, como a menudo afirman los partidarios de Israel. Sheehi y Sheehi (2022) están realmente a favor de un diálogo real, un diálogo que reconozca y desafíe la ocupación de Palestina y las relaciones de poder que justifican esa ocupación etiquetando a quienes se resisten a ella como “terroristas” o “antisemitas”. El BDS se dirige a las instituciones, no a los individuos, y así abre el camino a un diálogo más constructivo y fructífero, un diálogo que cambiará las condiciones sociales en lugar de limitarse a comentarlas e insistir en que los oprimidos simplemente hablen en lugar de actuar.

La cuestión es que Sheehi y Sheehi (2022), al igual que los clínicos a los que dan voz, saben cómo habitar el psicoanálisis, hablar con él y darse cuenta de cuándo es útil y cómo. Los lacanianos, por ejemplo, se sorprenderán por la referencia al *sumud* como una “defensa adaptativa” tal como la describe uno de sus enemigos número uno, el psicólogo del ego Heinz Hartmann; la afirmación aquí es que “el *sumud* es una ‘defensa adaptativa’ consciente e inconsciente, que evita los ataques dirigidos al ideal del ego palestino, a su individualidad colectiva e individual bajo el ataque de las fuerzas de la eliminación sionista” (Sheehi & Sheehi, 2022, p. 149, traducción libre). Está claro, sin embargo, que este uso de Hartmann es uno que reelabora la fuerza del ego de tal manera que permite la “adaptación” a la lucha en lugar de a la resignación.

Este uso de Hartmann va de la mano con el uso cuidadoso de las nociones lacanianas de lo real, lo imaginario y lo simbólico, y la crítica mordaz de las organizaciones psicoanalíticas lacanianas y relacionales que deliberadamente rompen a sabiendas los intentos de construir solidaridad con los palestinos a través del BDS. Lo que es absolutamente clave aquí, y

en línea con hacer de los clínicos palestinos y sus clientes el centro del relato, permitiéndoles respirar, por así decirlo, es que esta ruptura del BDS plantea preguntas difíciles para los clínicos palestinos aliados con una tradición teórica particular en el psicoanálisis. Estas difíciles preguntas no admiten juicio moral, sino de exploración de cómo el clínico utiliza la institución a la que está aliado, así como el marco teórico que ha aprendido a través de su formación.

Varios teóricos psicoanalíticos “post-freudianos” proporcionan pautas interpretativas para el trabajo de los clínicos que aparecen en este libro con relatos vívidos de su trabajo terapéutico, pero uno, Frantz Fanon, es la inspiración para el proyecto general del libro. Es Fanon quien insiste en que se dé voz a los oprimidos, y su análisis del racismo colonial para los pueblos bajo ocupación exige que esas voces se tomen en serio. Es con Fanon como guía metodológico-político, más que como teórico psicoanalítico como tal, que Sheehi y Sheehi (2022) escuchan y recodifican las voces de los clínicos palestinos y les permiten contar una historia psicoanalítica que es crítica de las nociones de diálogo y trauma.

Se podría decir que, así como los pacientes a quienes también se les da voz en este libro descubren que pueden hablar más allá de sí mismos mientras prestan atención al inconsciente, los clínicos que trabajan en centros de apoyo y redes en toda Palestina que emplean tropos coloniales y términos psicológicos conservadores dominantes ahora pueden hablar más allá de las limitaciones de esos tropos y términos, acceder a lo inconsciente en su práctica real y ahora, en este libro, articularlo como psicoanálisis bajo y contra la ocupación.

Este es un libro inquietante, pero ese es sin duda el papel del psicoanálisis, perturbar, inquietar y, ligado a un análisis crítico comprometido de la cultura y la sociedad, cambiar el mundo interno y externo. Lo que hace este libro es romper el silencio de los psicoanalistas sobre Palestina.

Del silencio a la acción

En la derecha, la posición psicoanalítica dominante habitual es el silencio. Es decir, en un intento de evitar la política, hay, por defecto, adhesión a una posición política, una especie de silencio que cierra la solidaridad, que apela al “diálogo” y que patologiza la resistencia. Lo hemos visto en las declaraciones reaccionarias emitidas por las organizaciones psicoanalíticas, declaraciones que en la práctica llaman a la colusión con el Estado israelí, a la colusión con el genocidio. También alimentan a la derecha anti-woke que está esperando que alguien hable por ellos.

Los psicoanalistas de izquierda abordan este silencio de manera diferente. Primero, escuchamos. El espacio clínico es precisamente un espacio para hablar y ser escuchado. No juzgamos ni corregimos lo que creemos que es falso, sino que facilitamos un lugar en la clínica donde las

personas pueden escucharse a sí mismas hablar, ser presenciadas hablar, y hacerlo de tal manera que atraviere la fantasía de que están siendo “canceladas” y que otros deben hablar por ellas. Esto va en contra de algunas de las moralizaciones que se consideran psicoanálisis en la derecha.

En segundo lugar, hablamos en público, y al hablar nos conectamos con la política. Dejamos claro que no existe la neutralidad, ni la “no posición”, ni el retroceso hacia un diálogo equilibrado que honre todos los puntos de vista como si fueran equivalentes. En virtud de esto, atravesamos el discurso psicoanalítico banalizado que opera como una garantía ideológica para la represión y luego el populismo de derecha. Nuestra insistencia en hablar no significa que nos posicionemos como tribunos individuales de la verdad, como si fuéramos los únicos que sabemos cuál es la verdad, sino a través de la participación en un proceso colectivo de resistencia al genocidio, hablando juntos, colectivamente, y construyendo una resistencia que pase del discurso a la acción.

Referencias

- Parker, I. (2022). *Realismo estalinista y comunismo abierto: espejo maligno o asociación libre*. Londres: Resistance Books.
- Parker, I., & Pavón-Cuéllar, D. (2021). *Psicoanálisis y revolución: psicología crítica para los movimientos de liberación*. Londres: 1968 Press.
- Sheehi, L., & Sheehi, S. (2021). *Psicoanálisis bajo ocupación: practicando la resistencia en Palestina*. Londres; Nueva York: Routledge.
- Torbiner, E. (Ed.). (2004). *Matzpen*. <https://matzpen.org/english/eran-torbiners-film-about-matzpen/>
- Torbiner, E. (Ed.). (2012). Bunda'im. *YouTube* <https://www.youtube.com/watch?v=3bE6uhKxmYU>.

Fecha de recepción: 10 de octubre de 2024

Fecha de aceptación: 07 de abril de 2025